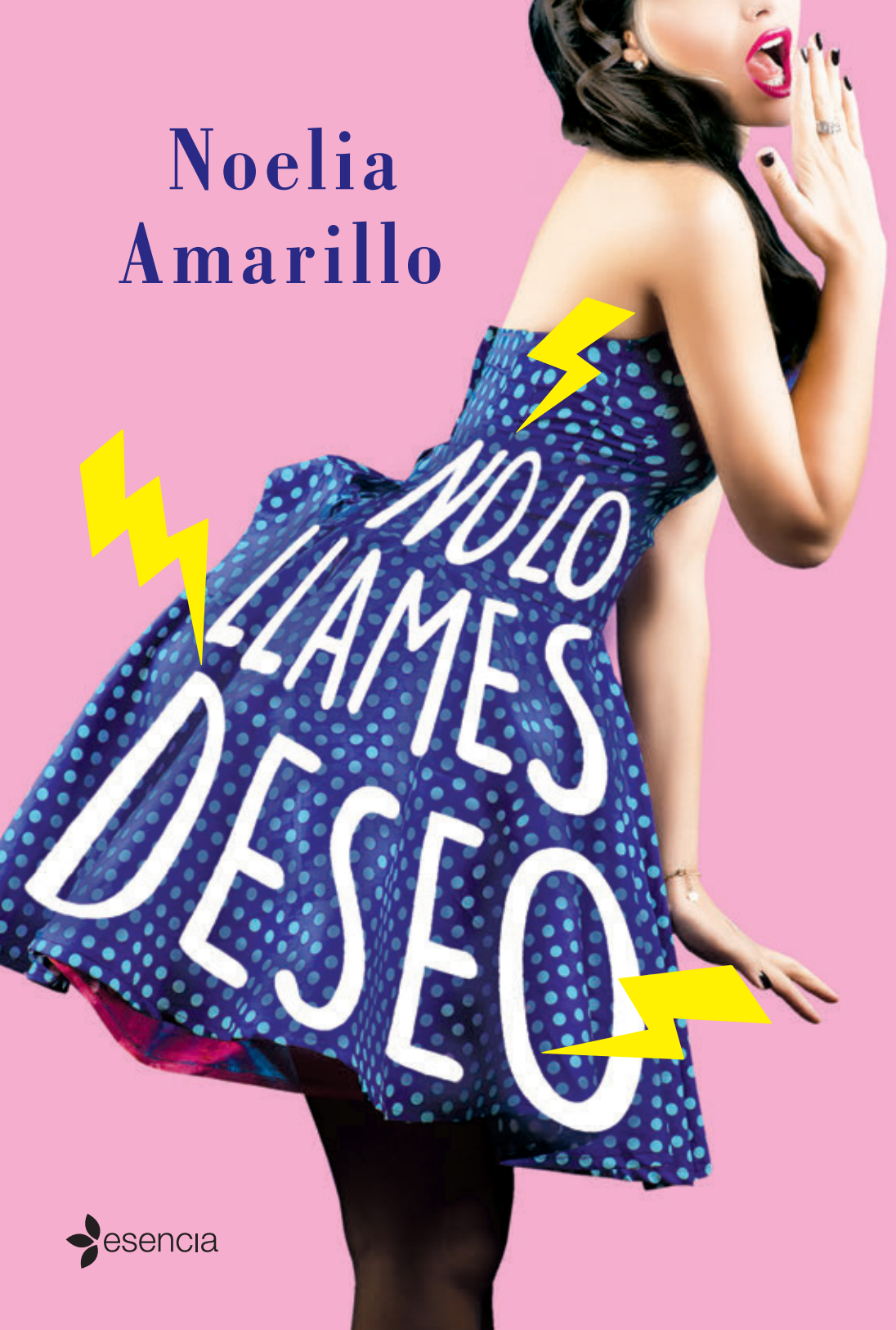


Noelia Amarillo



No lo llames deseo

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Kiselev Andrey Valerevich – Shutterstock

Primera edición: marzo de 2019
ISBN: 978-84-08-20530-2
Depósito legal: B. 3.632-2019
Composición: Planeta Realización
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Resiliencia

Capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos.

Viernes, 30 de marzo de 2018

—No está nada bien que la gente se vaya de la lengua, ¿no crees, muchacho? —inquirió Pavel Alekseev, distinguido cliente de la Camisería Castro.

—Por supuesto que no, señor Alekseev —concedió Calix ayudándolo a ponerse la camisa a medida que su jefe, Rodrigo Castro, había confeccionado para él—. ¿La siente cómoda?

Pavel estiró los brazos, hizo rotar los hombros y tiró de los puños comprobando la hechura.

—Es agradable al tacto y muy comfortable, pero no sé si el cuello me convence, es demasiado abierto —dijo, la mirada fija en el complicado nudo de la corbata de Calix.

—¿Quiere probársela con una corbata? Así podrá ver el efecto —ofreció.

Pavel asintió, y Calix eligió entre las corbatas que tenían para probar la granate que había adquirido esa mañana pensando que quedaría perfecta con la camisa azul Prusia que había encargado el mafioso.

—Como te decía, no está bien que la gente se vaya de la lengua, mucho menos cuando son tus empleados —disertó Pavel mientras Calix le hacía un intrincado nudo *fishbone*.

—Eso está muy feo, desde luego.

—Entonces estarás de acuerdo en que lo mejor que puedo hacer con ese soplón es romperle la espalda, meterlo en un bidón con cemento y tirarlo al Manzanares.

—Tengo entendido que hace poco limpiaron el cauce del río, sería una pena que lo ensuciara vertiendo chivatos en él. Sería más ecológico incinerarlo o enterrarlo —señaló Calix con indiferencia.

Pavel lo miró con una ceja enarcada. Calix había empezado a trabajar en la camisería casi al mismo tiempo que él la descubriera, y había visto el cambio que se había obrado en el joven en ese lapso. Ya no era el hombre receloso e introvertido de los primeros días. Tampoco el hermoso adonis que despertaba deseo en las mujeres y no poca envidia en los hombres. Sí, seguía siendo atractivo, pero había algo distinto en él. Madurez. O tal vez era que ya no parecía el muchacho asustado y quebrado de antaño, sino un hombre seguro de sí mismo y dueño de su presente.

Sonrió, no cabía duda de que Rodrigo Castro le estaba enseñando bien.

—¿Sabes, Calix?, me caías mucho mejor cuando sólo con verme te temblaban las rodillas.

—No dude de que me siguen temblando, señor Alekseev. Es sólo que ahora lo disimulo mejor —replicó haciéndose a un lado.

Pavel exhaló una estentórea carcajada antes de mirarse en el espejo.

—Una camisa impecable. Y la corbata combina perfectamente con ella. La quiero.

—Lo lamento, pero no está en venta —repuso Calix, pues en la tienda no vendían corbatas, y las pocas de las que disponían eran para probar con las camisas.

—¿Y qué? Envuélvemela para llevar —ordenó quitándosela.

—Tendrá que comentarlo con el señor Castro.

—Eso haré. De hecho, pretendo tener una conversación muy seria con él —declaró ufano antes de observar su imagen en el espejo desde distintos ángulos.

Calix esperó paciente a que terminara, a pesar de que su jornada laboral había acabado hacía más de una hora. En la Camisería

Castro jamás se metía prisa a un cliente ni se le insinuaba que era la hora de cerrar, pues eso habría sido una grave falta de respeto. Y si había algo que molestaba a su jefe era la falta de respeto. Aunque no tanto como la falta de educación. Así que aguardó en un discreto segundo plano hasta que Pavel se quitó la camisa.

A la salida del probador los esperaban media docena de guardaespaldas grandes como armarios, con traje negro y pinganillos en los oídos. Cinco de ellos acompañaron al señor Alekseev al mostrador mientras el sexto desconectaba los inhibidores de frecuencia que habían colocado en el probador para cortar cualquier transmisión.

No cabía duda de que Pavel era un hombre reservado.

Calix y Rodrigo sospechaban que sus negocios no eran exactamente legales, sino todo lo contrario, aunque tampoco era algo de lo que tuvieran absoluta certeza. Porque, ¿quién era el valiente que le preguntaba a alguien que parecía un mafioso si en realidad lo era? Ellos no, desde luego.

—¿Todo correcto, señor Alekseev? —inquirió el dueño de la camisería cuando Pavel se detuvo frente al mostrador.

—Casi todo, Rodrigo —dijo éste con semblante inflexible—. Quiero una corbata.

—Entiendo —suspiró el albino. Ésa era una vieja discusión que llevaba prolongándose varios meses—. Si me lo permite, puedo recomendarle la Corbatería Artesanal Hermanos...

—No te lo permito —lo cortó Pavel—. No quiero que me mandes a ninguna tienda. Quiero comprar las corbatas aquí. Es más, cada vez que encargue una camisa, quiero tener media docena de corbatas que combinen con ella para poder elegir la que mejor me parezca.

—Lo siento, pero, como sabe, no vendo corbatas.

—Y yo no tengo tiempo para andar perdiéndolo en buscarlas. —Dio un sonoro golpe en el cristal, lo que provocó que sus gorilas miraran con cara de malas pulgas a Rodrigo.

Quizá lo hicieron por empatía con su jefe o tal vez porque ellos también compraban allí las camisas y tampoco querían perder el tiempo en buscar corbatas. Fuera por lo que fuese, Rodrigo

se encontró con siete pares de ojos clavándose en él peligrosamente.

En lugar de asustarse, los miró disgustado por el exabrupto.

—Lo lamento, pero yo tampoco tengo tiempo de buscar corbatas —señaló impasible.

—Pero Calix sí —apuntó Pavel con una sonrisa ladina.

Rodrigo arqueó una ceja y se volvió hacia su ayudante.

—¿Lo tienes? —formuló una pregunta obviamente retórica. El segoviano trabajaba tantas horas como él. No era tiempo lo que le sobraba.

Calix negó con la cabeza y se volvió hacia el mafioso.

—Lo lamento, señor Alekseev, pero...

—¿Cómo se llama la corbatería que siempre me recomendáis?
—lo interrumpió Pavel.

—Corbatería Artesanal Hermanos Sánchez.

—¿Compras tus corbatas allí?

—Así es. Tienen un estilo fresco y elegante que me gusta mucho.

—Entonces conoces a esos hermanos...

Calix asintió sin saber muy bien adónde quería ir a parar Pavel.

—Estupendo. Habla con ellos y organízalo todo para que cuando venga a por la próxima camisa te dejen en depósito varias corbatas que puedas enseñarme.

—Pero...

—Tú las traes y yo las elijo. Las que me gusten me las quedo y las que no, se las devuelves. Estoy seguro de que me conseguirás exactamente lo que quiero sin darme la tabarra —afirmó en tono amenazante, no porque quisiera o necesitara amenazar a Calix, sino porque ésa era su costumbre. Luego miró a Rodrigo—. Me llevo la corbata granate, le da un aire elegante a la camisa —informó beligerante—. Calix comprará otra para sustituirla.

—Lo siento, pero eso no es posible, no puedo... —comenzó a protestar Calix.

—Claro que puedes. —El búlgaro sacó un fajo de billetes, separó dos y le dio la mano a Calix, encajándolos en su palma—. Compra una corbata para sustituir la que me llevo y quédate con lo que sobre por las molestias —dijo antes de enfilar hacia la salida.

Sus matones lo siguieron. Todos menos uno, que se demoró en mirar a Calix con los ojos peligrosamente entornados antes de acercarse a él.

—Mismas condiciones. Una para dinosaurios —afirmó encajándole un billete en la mano antes de seguir a su jefe.

Calix observó petrificado al polaco, que, además de medir cerca de dos metros diez y ser uno de los gorilas favoritos del mafioso búlgaro, también era un firme comprador de camisas con motivos de animales. Él mismo le había vendido una de erizos, otra de vacas, un par de caballos y, la última, de dinosaurios.

—No sé cómo te las vas a apañar para encontrar una corbata que combine con la camisa de los dinosaurios rosas y verdes que le vendiste hace un mes —comentó Rodrigo.

—No voy a conseguirles corbatas —jadeó Calix.

—Creo recordar que la que se ha llevado Pavel la has comprado esta misma mañana.

—Estaba a buen precio y pensé que nos vendría bien para probar con las camisas de tonos oscuros —se excusó Calix a la defensiva.

—No cabe duda de que combina perfectamente con la camisa del señor Alekseev.

—¿Y? No veo qué hay de malo en aprovechar una compra para que armonice con la venta que vamos a hacer, sobre todo si es para un cliente tan complicado como Pavel.

—Desde luego, no hay nada malo —replicó Rodrigo—. Pero es la tercera corbata que se lleva. Y no es que me importe, soy de la opinión de que hay que tener al cliente contento.

—Entonces ¿qué problema tienes? —masculló Calix recogiendo el mostrador.

—¿Yo? Ninguno. Eres tú quien va a tener que buscar corbatas para todos los mafiosos de Madrid —señaló dirigiéndose al otro extremo de la tienda.

—¿Qué? No voy a hacer eso —protestó Calix siguiéndolo, pero Rodrigo ya no le hacía caso. Toda su atención estaba puesta en los muebles estilo Liberty del fondo de la tienda: las elegantes líneas curvas del aparador, los zarcillos de vid trepando como volutas de

humo por la librería que en realidad era la puerta al probador y el taller, y las enredaderas que ascendían por las patas de la robusta mesa que ahora sólo se utilizaba para sostener el ordenador portátil. Qué espacio más terriblemente desaprovechado.

—Vaciaremos el aparador —dijo de repente— y así podrás usarlo para guardar corbatas... y todo lo que se te antoje vender. Tres metros dan para mucho.

—¿A qué te refieres con «todo lo que se me antoje vender»?

—También podemos vaciar de libros la librería si necesitas más espacio.

—¿Para qué se supone que voy a necesitar más espacio?

—Pondremos sobre el aparador los expositores de corbatas y usarás la mesa como mostrador, como hacía mi abuelo.

—¡No voy a vender corbatas! Por si no lo recuerdas, estamos sobrepasados de trabajo. Necesitamos con urgencia contratar a un maestro cortador que te ayude y una bordadora que pueda sustituir a Amalia, porque, no es por nada, pero se jubila en agosto.

—Dios proveerá —sentenció Rodrigo apagando las luces traseras, pues era hora de cerrar.

Calix parpadeó perplejo. ¿Dios proveerá?! ¿Ésa era otra de sus bromas ácidas?

—¿Desde cuándo crees en los milagros? —inquirió malhumorado.

—Desde que Gala aceptó casarse conmigo —replicó Rodrigo dirigiéndose a la salida—. De todas maneras, ya no hay marcha atrás. ¿O crees que sería aconsejable disgustar a Pavel?

—Como si eso te hubiera importado alguna vez —resopló Calix. Su jefe era la persona con más templanza, valor e integridad que conocía. Nadie lo alteraba, ni siquiera Pavel Alekseev, motivo por el cual se había convertido en el proveedor favorito del gánster.

Rodrigo se limitó a esbozar una sonrisa lobuna antes de salir a la calle. Calix se apresuró a seguirlo. Bajaron la reja antes de encaminarse a la estación de metro.

—No podemos embarcarnos en nada más —insistió Calix, aunque sabía que cuando su jefe tomaba una decisión era imposible hacerlo recular—. No tengo tiempo de buscar corbatas.

—Por supuesto que no lo tienes, pero lo cierto es que ya las estás vendiendo... o, mejor dicho, regalando.

Calix esquivó su mirada afilada, porque, como siempre, había dado en el clavo.

—Cortas con cierta pericia, pero ambos sabemos que coser no es lo tuyo —apuntó el albino esbozando una cálida sonrisa—. Y, a fuer de ser sinceros, debes reconocer que lo que mejor sabes hacer es conseguir cosas. Y, además, te gusta. Disfrutas encontrando lo imposible, negociando lo inabordable y vendiendo lo impagable. Eres el mejor rastreador de tejidos que he conocido nunca y no voy a seguir desperdiciando tu talento sólo porque andemos escasos de personal. A partir de ahora te encargarás de conseguir corbatas y accesorios. Harás lo mismo que con las telas de las camisas: encontrar la que le gusta a cada cliente y proveérsela.

—No puedo permitirme el lujo de perder el tiempo buscando corbatas.

Rodrigo contuvo un bufido frustrado. Desde luego, no iba errando, tiempo era justo lo que les faltaba. Lo observó con atención. No parecía el mismo hombre al que había dado trabajo y acogido en su casa en Navidad. Había ganado peso y sus ojos ya no rehuían su mirada ni la de los clientes. Tampoco caminaba encogido ni se sumergía en eternos silencios de los que era casi imposible hacerlo salir. Pero, a pesar de eso, la apatía seguía ganándole la batalla cuando no estaba en la tienda y no se veía obligado a fingir un entusiasmo que aún no había conseguido recuperar. Porque lo cierto era que seguía siendo una sombra del joven vital y decidido que había sido hacía poco más de un año.

Y no estaba dispuesto a consentirlo. Aunque tuviera que hacerlo reaccionar a fuerza de reventarlo a trabajar. Lo que fuera con tal de no verlo día tras día apático, con la mirada velada y los labios tensos por amargos recuerdos.

—Si no puedes permitirte el lujo de buscarlas mientras estés aquí, hazlo en tu tiempo libre. Así tendrás un quehacer en el que ocupar las horas que pasas en casa aletargado —sentenció.

—Estupendo, esto cada vez suena más a esclavitud —masculló Calix.

Rodrigo no pudo menos que sonreír. Le gustaba que su protegido refunfuñara. Habían hecho falta dos meses para que saliera del abatimiento que lo envolvía como una mortaja y se quejara de las injusticias con que lo atosigaba con el único propósito de forzar una reacción. Así que verlo oponerse a él era un bienvenido soplo de aire fresco.

—Rebélate si quieres, pero no tienes excusa. A no ser que pasarte las horas mirando el techo de tu dormitorio sea una ocupación más importante de lo que parece, por supuesto. —Calix se encogió enfurruñado, pues tenía razón—. Apresurémonos, ya deberíamos estar en casa, y Gala y las niñas estarán preocupadas —dijo Rodrigo al llegar a la estación de metro.

—Le escribí un whatsapp a Jimena cuando vi entrar a Pavel —señaló Calix, refiriéndose a la hija mayor de la novia de su jefe.

—No cabe duda de que estás en todo —le palmeó la espalda con orgullo paternal.

—Ni que fuera muy difícil mandar un whats —resopló el joven, apartándose.

Rodrigo suspiró frustrado. ¿Cómo podía alguien que cada día demostraba su eficacia y su iniciativa creer tan poco en sí mismo? La respuesta a esa pregunta no era complicada: Verónica.

—Espero que el metro no tarde —dijo al llegar al andén—, ya casi paladeo los calabacines rellenos que Gala me prometió para cenar.

—También a ella la tienes esclavizada —señaló Calix, pues casi todas las noches cenaban en su casa, aunque Rodrigo y él no residían allí.

Gala y Rodrigo vivían en el mismo edificio. Eran vecinos. Lo habían sido durante seis años antes de enamorarse y lo seguirían siendo hasta que se casaran en octubre. Mientras tanto, cada uno vivía en su casa. O, mejor dicho, cada uno dormía en su casa, porque el resto del tiempo lo pasaban juntos.

—¿Me estás acusando de ser un tirano? —inquirió Rodrigo con gesto pétreo.

—¿Acaso no lo eres?

—La cuestión no es si lo soy o no, sino que tú te atrevas a acusarme de serlo. Te recuerdo que eres mi empleado.

—Al que vas a explotar impunemente haciéndolo trabajar en su escasísimo tiempo libre revisando catálogos y negociando compras de corbatas para tu tienda.

—A cambio de una comisión del seis por ciento en cada venta, además de las gratificaciones que te den los clientes.

—Del doce.

—¿Estás regateando? Por si no has caído en la cuenta, no trabajas en un mercadillo, sino en una camisería artesanal —señaló con semblante serio Rodrigo.

—No regateo: negocio. Aunque siempre podemos seguir como estamos y que Pavel continúe afanándose las corbatas. Aceptaría un diez.

—Y yo te daría un nueve.

—Comenzaré a mirar catálogos esta misma noche —aceptó Calix el trato.

—Déjalo para mañana. Ya es tarde, y Gala y las niñas nos esperan para cenar.

Calix desvió la vista, fijándola en un cartel a medio arrancar de la pared.

—¿Qué ocurre? —Rodrigo lo miró inquisitivo. Demasiado bien lo conocía como para saber cuándo había algo que no sabía cómo decirle.

—Tal vez no vaya a cenar esta noche. No tengo hambre y me apetece investigar un poco por internet. Podría adelantar trabajo si...

—Ya lo harás mañana —lo interrumpió Rodrigo.

—Prefiero hacerlo hoy.

—¿Hay algún motivo por el que no quieras cenar con nosotros?

—No, es sólo que... —Se calló, incapaz de verbalizar el porqué de su negativa.

—¿Ha ocurrido algo? —exigió saber el albino. Calix negó con un gesto—. ¿Verónica ha vuelto a llamar?

—Hace semanas que no sé nada de ella —mintió bajando la mirada, pues su jefe tenía la desagradable capacidad de leer en sus ojos—. Es sólo que no tengo hambre, nada más.

—Por supuesto —replicó Rodrigo desdeñoso—. Eso, y que te

apetece estar solo en casa. —«Sumido en el silencio, aislado de todos y atormentándote con tus recuerdos.»

Calix se encogió de hombros, la mirada fija en el final del anén. Allí, la oscuridad parecía tragarse la luz, reduciéndolo todo a una nada tenebrosa e infinita.

No le importaría desaparecer en ella y no volver jamás.

—Haz lo que quieras, pero si no vienes las niñas preguntarán por ti —señaló Rodrigo—. Y, como no tengo por costumbre mentir, les diré que no has querido subir. Entonces Jimena me pedirá las llaves de casa, yo se las daré porque es la hija de mi prometida y soy incapaz de negarle nada. Y ella bajará a por ti y, como tú tampoco eres capaz de negarle nada, acabarás subiendo a cenar. Así que sé listo, ahórrate la humillación y ven conmigo.

Calix metió malhumorado las manos en los bolsillos. Rodrigo conocía bien a las hijas de su novia y sabía de sobra que la mayor no permitiría que cenara solo... y que él era incapaz de resistirse a ella. Cuando las cosas habían empezado a ir mal y su vida se había ido a la mierda, Jimena había sido la única persona que había creído en él, que lo había apoyado. También quien había conseguido la ayuda de Rodrigo y lo había sacado del abismo.

No podía negarse a nada que ella le pidiera. Y Rodrigo lo sabía.